



Sphera Pública

ISSN: 1180-9210

sphera@ucam.edu

Universidad Católica San Antonio de Murcia
España

Gobantes Bilbao, Maite

Reseña de "La interpretación de la imagen: entre memoria, estereotipo y seducción" de Martine Joly

Sphera Pública, núm. 4, 2004, pp. 255-258

Universidad Católica San Antonio de Murcia

Murcia, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=29700417>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

RESEÑA

SPHERA PUBLICA
Revista de Ciencias Sociales y de la Comunicación
Número 4 (2004). Murcia

Martine Joly

La interpretación de la imagen: entre memoria, estereotipo y seducción

Paidós Comunicación, Barcelona, 2003, 288 páginas

Maite Gobantes Bilbao

Universidad Católica San Antonio
mgobantes@pdi.ucam.edu

Aspira la profesora Joly con “La interpretación de la imagen: entre memoria, estereotipo y seducción” a “constituir un rompecabezas con una figura coherente o un vestido útil y que abriga”. Sin metáforas ya: ambiciona que su obra permita al lector “pasar del plural al singular, de las imágenes a la imagen, de las interpretaciones a la interpretación”. No es pequeño el anhelo ni el esfuerzo realizado por la autora, quien efectivamente diseña un rompecabezas teórico sobre distintas imágenes procedentes de la publicidad, del cine documental y de ficción, de la literatura, de prensa, las imágenes de los informativos de televisión... Todos los territorios le sirven para negar que la recepción de la imagen sea “una actividad orientada desde un Gran manipulador hacia un pequeño Manipulado”. La autora reivindica el poder del espectador, la importancia de sus expectativas y del contexto en el que recibe las imágenes, reivindica un receptor olvidado por la hermenéutica tradicional, centrada como estaba en conocer cuál era la intención del autor, obsesionada después con la obra, con desvelar su oculto significado.

Joly puede pecar de ambición, pero no es ciega, por ello reconoce que su trabajo no ofrece propuestas teóricas muy especializadas y sí “numerosos ejemplos concretos, ciertos aspectos del juego de la intertextua-

lidad, de la interacción, incluso lejana, de los textos entre sí y, al fin y al cabo, su relación con una determinada interpretación en un momento dado”. Y es aquí donde el trabajo de la profesora gala logra su máximo interés. Con confesada inspiración en la obra y el espíritu de Gian Piero Brunetta, quien propone dejar de seguir las huellas de los historiadores, de los críticos o incluso de los teóricos del cine para (...) “mirar en dirección de la sala para explorar y analizar en sus distintos componentes la historia que se desarrolla alrededor y paralelamente a la historia de la pantalla”, la autora hace una sugerente interpretación de una sesión de cine narrada en las entrañas de “La montaña mágica”, de Thomas Mann. El análisis de Joly evoca con intensidad la emoción de la iniciación al cine “como la matriz de un trauma emotivo” que acompañará a los personajes a lo largo de toda su vida. Una herida de la que intentó hablar Tornatore en “Cinema Paradiso” (su herida era poco más que un rasguño) y que, años antes, había logrado retratar con cruda posesía el director Víctor Erice en “El espíritu de la colmena”.

La obra recorre y analiza textos aparecidos en la prensa como comentario inductivo de la interpretación de aquellas imágenes que forman parte de nuestra experiencia ordinaria, mientras que el examen de los fragmentos de novelas las considera como lugares de la escenificación de imágenes posibles o probables. La mayoría de ejemplos audiovisuales que aparecen en la obra proceden del mundo del cine ya sea documental o de ficción. Así, Joly nos conduce de los discursos periodísticos o novelescos acerca de las imágenes a las expectativas que abrigan o las frustraciones que generan. Y es que la tesis de la autora es que la interpretación de la imagen se inscribe siempre en el régimen del “crear”, alimentado de memoria y de estereotipia y de seducción.

Joly hace una ardiente defensa de la necesidad de analizar, de interpretar la imagen. Lo parece, pero no es una cuestión baladí. Es patente que en nuestro país que los planes de estudio tanto de la enseñanza obligatoria como del Bachillerato ignoran por sistema el análisis de las imágenes. Tal vez (y es sólo una hipótesis), bajo este agujero se encuentre la situación que describe la teórica: “Si bien la contemplación de la imagen fija es admitida, comprendida incluso como elemento de la vida de la obra, en cambio su racionalización, su conformación analítica y, por consiguiente verbal, lo son mucho menos y condicionan la desconfianza que rodea al análisis en cuanto trabajo: la contemplación se aso-

cia con la idea de placer, incluso de fruición, mientras que el trabajo se asocia a la de disgusto, cuando no a la de tortura, como ocurre con su etimología (...) Se considera, pues, que el análisis, en cuanto a “trabajo” se refiere al especialista y, eventualmente, al pedagogo, pero en ningún caso al espectador ordinario ni al aficionado que ofrecen en relación con aquél, cierto número de resistencias subordinadas a la idea de trabajo (...) pero alimentadas también con algunos *apriorismos*, a veces paradójicos”. La oposición básica ocio-trabajo vendría a articular buena parte de estas reticencias. Así, la imagen, que con demasiada frecuencia se opone al libro, se incluye de entrada en la categoría de ocio “y por tanto del placer (sospechoso), de la facilidad, del ver, que no sería ni aprenderla ni comprenderla”. La autora de “La interpretación...” no olvida que intelectuales de la talla de Susan Sontag exaltan “el sentir en oposición al comprender”. Y recuerda las palabras de la grafista April Greiman quien sostiene que “la interpretación es la revancha del intelecto sobre el mundo. Interpretar es empobrecer, es reducir el mundo para erigir un mundo fantasma de significados”. Pero para Greiman la imagen está relacionada con “el agua, el misterio, la emoción, lo irracional y lo inexplicado”.

En esencia, Joly propone combinar el análisis textual, extratextual y pragmático “para poner de relieve las relaciones, las correspondencias y las asociaciones que el texto trama con su contexto y urde en el interior de sí mismo, de forma más implícita que explícita, es cierto, pero suficientemente fuerte, no obstante, para ser persuasiva”. Así, se esfuerza en demostrar que la interpretación del espectador ya está parcialmente constituida antes incluso de tener acceso a los mensajes visuales. “La crítica, los recuerdos o las evocaciones de imágenes se refieren más a su condición de fabricación o de recepción (los dispositivos, su forma) o a la especificidad de su soporte (película cinematográfica o televisiva, imágenes huellas o fabricadas, materialidad o inmaterialidad del soporte) que a su contenido”, sostiene la autora, quien revisita los conceptos nucleares *verosímil-creencia*, *verdadero-credibilidad*. “Si se admitiese que la imagen no es la realidad sino una realidad, es decir, una representación visual, culturalmente filtrada, de lo real, articulada con otro tipo de representación, en este caso verbal, entonces la expectativa de verdad, relativizada, podría justificarse si se convirtiese en una expectativa de verdad-coherencia y no ya en una de correspondencia”. Frente a los in-

genuos defensores de la imagen como testimonio de lo real y frente a los que desconfían y la consideran una factoría de manipulación, capaz de fabricar mensajes suficientemente potentes para que no los percibamos pero que sin embargo condicionan nuestros comportamientos (los peores, por supuesto: violencia, consumismo ciego, seguidismo político), frente a ambos, decíamos, Joly reivindica: “Tomemos a la imagen por lo que es, ni más ni menos, ni divina ni satánica, sino como un conjunto de signos, sustituto elaborado, construido, semiotizado, desplazado, relativo y contextualizado, esté o no esté grabada. E interroguémonos acerca de nuestras expectativas, nuestro placer o nuestras resistencias, de forma que participemos activamente en la vida de la obra, cualquiera que sea. La imagen es una realidad en sí, a nosotros nos corresponde tenerla en cuenta y no confundirlo todo, creíble, digno de crédito, verificable y no verificable”. En esta invitación al autoconocimiento del espectador resulta fundamental la confrontación entre verdadero y verosímil, una lección que data de la antigüedad. La retórica nos enseña, y Joly nos lo recuerda, que todo discurso destinado a convencer a su auditorio prefiere proponerle lo “verosímil”, es decir aquello que éste ya sabe y que puede aceptar, antes que lo “verdadero” que, por su parte, corresponde a la búsqueda del filósofo y/o científico cuyas palabras son los prototipos mismo del discurso argumentativo, por contraste con el discurso narrativo, del *logos* por contraste con el mito”.